

Como es ya tan tarde, se habrá dormido la criada y no me oirá.

Llamo otra vez; otra, tres y hasta seis veces.

Llevo media hora esperando y nadie me abre.

Por fin el célebre Domingo se acerca á todo correr.

Llega, busca apresuradamente en su cinto la llave de la puerta; la encuentra, la introduce en la cerradura, y cuando va á dar vuelta al pestillo, me aproxima el farolito á la cara, me mira con aire estúpido, retira la llave de la cerradura sin haber abierto la puerta, y colocándola de nuevo en el cinto, me dice:

—Buenas noches tenga V.

—Pero hombre, no ¿abre V. la puerta?

—Nó, señor.—V. no es de los *vecinus* que pagan.

—¿Conque el que no paga duerme en la calle?

—Yo *nu* sé donde duerme, pero yo no le *abru*. El Ayuntamiento á mí no me paga, y solo estoy para servir á los *vecinus*.

—¿Y el que no paga no es vecino?

—Para mí no lo es.—Conque buenas noches.

Por fin baja la criada, abre, y al pasar junto al cuarto del portero, me dice éste desde la cama:

—Le han hecho á V. esperar mucho rato, ¿eh?

—Y V. ¿por qué no me ha abierto si lo ha oído?

—Oiga V., caballero, yo no estoy aquí para servir á V. ni á nadie.

—Pero sí está V. para cobrar todos los meses veinte reales de cada inquilino.

—Eso no es cuenta de V., sino del amo de la casa, que me ha puesto aquí para que cuide de ella.

—Tiene V. razon.—V. es un criado de ese señor pagado por los demás para que le sirva á él solo.

—¡Vaya! déjeme V. en paz.—Más valiera que se retirase á la hora regular y no viniese alborotando la casa á las dos de la mañana.

¡Gracias á Dios que ya estoy en mi cuarto!

¡Qué día y qué noche tan agitados!

Apago la luz y me recojo pensando en que las dos gangas mejores que cualquier ciudadano poco afecto al trabajo puede apetecer con más ahinco, son: ó una plaza de sereno de llaves, ó la de portero en una casa de vecindad; y que aun cuando estas plantas rústicas están perfectamente bien imitadas, no sirven para nada, porque tambien son artificiales.

ILUSIONES MALOGRADAS.

I.

El creciente amor que desde la noche en que estuvimos en el teatro Real Doña Angustias y yo, fui experimentando hácia ella, absorbió en tales términos los momentos todos de los días que permanecí en Madrid, que ya desde la mañana siguiente á aquella memorable noche no volví á ocuparme de los apuntes diarios que para hacer mi viaje á la córté habia ido haciendo escrupulosamente, y que el lector conoce á estas horas tanto como yo.

A las zozobras, inquietudes y desasosiegos propios de estado de novios, siguieron disgustos y desilusiones que borrarón de mi imaginacion el deseo de referirlos; pero andando el tiempo, gran-

de y poderoso calmante de los dolores producidos por las pasiones, mis ideas han ido tomando distinto rumbo, terminando por sugerirme el pensamiento de acabar la narracion de mis aventuras, de darlas á luz y de conseguir de este modo todo cuanto en la introduccion he tenido el gusto de exponer á VV.

Escusado creo referir que á la mañana siguiente del dia en que dejé interrumpido mi cuento, no falté á casa de Doña Angustias; que tampoco faltaron las palabras de cariñoso afan mútuo por saber cómo se habia pasado la noche; y que de dulzura en dulzura vinimos á parar en ir juntos á comprar un corte de vestido para reemplazar el roto, y otros accesorios indispensablemente adherentes al nuevo, cuyo importe total, ántes de hacerse, ascendió á unos cuatro mil reales próximamente.

Desde allí fuimos, siempre en coche, por supuesto, á ver á la modista, en cuya casa se mandó hacer dos sombreros y tres abrigos de entretiem po, que ajustó en otros 1500 reales más: luego á ver á la amiga del empleado para concertar el medio de que se despachase favorablemente mi solicitud, durante cuya entrevista permanecí yo en el carruaje, porque así lo exigia la prudencia; despues á comer á *Lhardy*, y por último al teatro de la Zarzuela.

El asunto de mi asunto se arregló, al decir de Doña Angustias, mediante el depósito de 10,000 rs. en metálico, con exclusion de todo billete de Banco, en poder de ella misma; requisito favorable en sumo grado para mis intereses, dijo, que á grandes esfuerzos habia conseguido obtener de la otra señora que debía percibirlos el dia que se me comunicase la resoluc ion, á condicion, no obstante, que la interesada en tomarlos los habia de ver en poder de Doña Angustias y recoger de

ella interinamente un pagaré de igual suma que sirviera de garantía.

Díle, pues, el dinero y no volvimos á hablar de ello en algunos dias, ocupándonos únicamente de los primeros preparativos para nuestra boda, que habia quedado ya resuelta por el perfecto asentimiento de la viuda.

De esta manera mi inexperiencia me impedia estudiar y conocer los rasgos demasiado caracterizados de aquel tipo; y si alguna sospecha hubiera podido turbar mi incauta confianza, el amor con sus ciegas ilusiones habia acudido en ayuda del engaño para guiar á su antojo mis pasos por la desconocida senda que tan velozmente iba recorriendo.

De este modo marchaba sin saberlo al descubrimiento de verdades de mucho precio,—que no fué escaso el que me costó aprenderias,—y á la comprobacion indudable de que el saber un poco de cuanto pasa en el mundo cuesta al hombre muchos sinsabores y todo el tiempo que dura su vida para comprender cuando muere que muere sin saber nada.

II.

Un dia que llegué en casa de mi futura con un regalo de los que, á fuer de galan pretendiente, iban mermando considerablemente mi haber, tuve que esperar á que concluyera de vestirse; y como para entretenerme me aproximase á la jaula del lorito, éste adivinó sin duda mi deseo de pasar el rato agradablemente, y empezó el siguiente diálogo, que por más inconexo que parezca, revelaba toda una escena poco grata en verdad para mis oidos:

—*Já... já... ¡Lorito Real!—¿Has descarrilado?*
Já... já...

— ¡No tengo gana de bromas!
 — Já.... já.... já.... ¡Qué furioso está el señor!
 ¿No le ha ido á V. bien en su viaje?— ¡Marcharse
 como un loco dejándome con la palabra en la boca!...

— Ya quedaba V. bien acompañada con ese señor...
 — Já.... já.... ¡Para España, y no para Por-
 tugal!... Lorito: daca la patita. ¡Já.... já!... ¡No me
 haga V. reir! Já.... já.... já....

— ¡Hola! exclamé yo para traerle á la memoria
 otra vez su interrumpida escena, con ese señor
 D. Ramon, ¿eh?

— ¡Ah! ¡Pobre señor! Es un amigo de mi papá
 que fué con él á la escuela.— ¡No quiero ir á la es-
 cuelaáááá!!— ¡No quiero ir á la escuelaááá!! ¿Es
 posible que seas tan cabiloso, amor mio?

— Yo no soy amor en comandita, y.... ¡Canasto!
 ó él ó yo.— ¡Mis ideas políticas no me permiten tran-
 sigir en nada con el de Ardoz!!

— No es de Ardoz, que es de Cifuentes.... Já....
 já.... Ese que tú dices es de Loja.... Ya le conozco.

— Hola, también le conoce V., ¿eh?— ¡Si digo yo que
 es V. una alhajita!!

— Vamos, corazón mio, no te enojés... ¡Lorito! ¿eres
 casado?— Chocolatito al loro.— ¡Vamos canta, canta!
 Límpiate la baba.— Límpiatela, sí.— Límpiate la baba.
 — ¡Pobre chimorrín!! Já.... já.... já....

Y continuando despues el pajarito parlero
 como si remedase una conversacion en voz baja,
 siguió balbuceando otra infinidad de gracias de las
 que sabía.

En aquel momento apareció Doña Angustias,
 que no solo llamó para que se llevasen el loro de
 aquel sitio, sino que se me presentó con cierto
 aire de enfado.

Haremos gracia al lector de la escena des-
 agradable que entre nosotros pasó, pues ya puede
 imaginarse que provocados mis celos por la ines-
 perada cuanto indiscreta revelacion del loro, el

ardid á que apeló la viuda manifestándose celosa á su vez por mi tardanza en venir á verla aquel dia, léjos de conjurar la tormenta, no hizo sino condensar el nublado y hacer más violento el estallido.

Sin embargo, como la razón estaba de mi parte, y aunque así no hubiese sido, las habia muy poderosas para que á ella le interesase en sumo grado calmarme, fué poniendo en juego poco á poco cuantos recursos poseia, y no tardó mucho tiempo en quedar dueña del campo, asegurándome y jurando, que el pollo barbilampiño, amigo de descarrilar, á quien, como habrán VV. comprendido, parecia referirse el lorito en su diálogo, era un pobre muchacho hijo de una íntima amiga suya, al cual habia visto nacer; que el pobre estaba en mala situacion, por cuya razon acudia á ella frecuentemente pidiéndola algunos medios con que hacer frente á sus compromisos; y que como se ocupaba en desempeñar varias comisiones fuera de Madrid, viajaba á menudo, hallándose en aquellos momentos en Andalucía, para donde habia marchado la tarde que yo le ví en su casa, y de cuyo punto ni habia vuelto, ni volveria lo ménos en dos meses.

Y por último, que lo que habia repetido el lorito era una escena que habia pasado el dia anterior, miéntras ella y yo habíamos ido á paseo, entre su doncella y el novio de ésta, que era guarda-freno en una de las líneas de ferro-carril, á cuya conversacion el pobre vicho habia añadido cuantas palabras más se le habian antojado de todas las que diariamente oia á diferentes personas.

Ignoro realmente cuál fué el paradero de aquel intransigente enemigo de mi nombre, pero es lo cierto que jamás le volví á ver; y esta circunstancia apareció á los ojos de mi enamorado espíritu como una prueba evidente de la lealtad de Doña Angustias y de lo infundado de mis sospechas.

III.

Pocos dias habian trascurrido de cuanto llevo narrado, cuando una mañana ántes de salir de mi casa recibí la siguiente carta:

«Cifuentes 28 de Abril de 186....—Mi querido amigo: Mucha es la inquietud en que me tiene su largo silencio.—Desde el 30 del pasado, dia en que marchó V. de esta, nada he vuelto á saber de su salud, del estado de sus asuntos ni de cómo le va en esa.»

«Con todo; figurándome que nada malo le habrá ocurrido, puesto que las nuevas desagradables pronto llegan, y que sus muchas ocupaciones le habrán impedido escribirme, me habia propuesto esperar su próximo regreso para salir de todo cuidado; y seguramente no le hubiese escrito sino hubiese ocurrido el incidente de que paso á hablarle.»

«Ayer he tenido carta de mi sobrina Angustias, viuda de Zalea, participándome haber mudado de domicilio en los primeros dias del presente mes, y extrañando que yo no haya hecho caso de la súplica que anteriormente á dicha fecha me tenia hecha, para que le remitiese algun auxilio con que poder remediar sus apuros.—Como V. fué precisamente encargado de entregarle los 4,000 reales que para este objeto la mandé por su conducto, le aviso inmediatamente lo ocurrido, comprendiendo que no habrá cumplido mi encargo por no haber hallado á mi sobrina en la casa cuyas señas le dí, y suplicándole pase en seguida á explicárselo todo á su nuevo domicilio, calle del Amor de Dios, número... cuarto....»

«Espero me conteste V. en seguida; y deseo que arreglados satisfactoriamente todos sus asuntos, tenga pronto el gusto de abrazarle su verdadero

amigo que le quiere y B. S. M.—Torcuato Fernandez.)

Apénas hube terminado esta lectura, cuando corrí á casa de mi Doña Angustias, y poniendo la carta de D. Torcuato entre sus manos, esperé á que la leyera, teniendo yo la vista clavada en su semblante miéntras ella lo verificaba.

Ni la más remota señal de turbacion apareció en el rostro sereno y simpático de aquella diestra mujer.

Mas apénas hubo concluido de leer el manuscrito, encendióse en cólera, apostrofándome duramente por la injuria que la inferia al presentarla una acusacion de semejante naturaleza, ántes de haber aclarado con D. Torcuato los hechos que pudieran producir tamaño enredo; ántes tambien de haber dado cuenta á aquel señor de lo ocurrido en nuestra primera entrevista, y de haberle hecho fuertes cargos por su desconfianza en mí, despues de la carta, que ella juraba haberle escrito acusándole el recibo de los 4,000 reales.

—Pero ¿no se ha mudado V. á esta casa en los primeros dias de este mes? le objetaba yo.

—Ciertamente, me replicaba, y eso es lo mismo que dice mi tio.

—Pero es que éste añade que su sobrina se ha mudado de aquí á la calle del Amor de Dios, número.... cuarto....

—Pues precisamente en eso está el error que no concibo.—Yo soy quien se ha mudado desde aquella casa y calle á esta donde V. me halló la primera vez.

—Entónces voy yo mismo á ver quién es esa señora que ahora dice que vive allí, y así sabremos qué contestar á D. Torcuato.

—Me parece perfectamente: vaya V. allá, averigüe lo que tanto nos interesa, y.... si á V. no le sirve de molestia, añadió con extremada coquetería, complacer á la que tan pronto ha de ser su esposa, desearia fuese de paso á la Vicaría á ver

si ese otro asunto que á mí por lo ménos me interesa tanto ó más que el de la carta, se activa y lo despachan pronto, para poner fin á este estado impaciente en que se halla siempre el que como yo ama con delirio....

Estas últimas palabras, pronunciadas con un acento de ardorosa verdad y acompañadas de una vehemente mirada y de un cariñoso apretón de mano, hicieron todo el efecto que ella se proponía.

Salí, pues, de casa decidido á llevar ante los tribunales á la impostora vecina de la casa número.... de la calle del Amor de Dios, y á correr despues á la Vicaría para emplear todos los recursos que el deseo me sugiriera para obtener el pronto despacho de nuestro expediente.

IV.

Al llegar á la calle donde, segun la carta de D. Torcuato, vivia su supuesta sobrina, me sorprendió mucho ver en los balcones del cuarto que aquella debia habitar, papeles en señal de estar desalquilado.

—Diga V., señora, pregunté á la portera, ¿vive aquí Doña Angustias Fernandez, viuda de Zalea?

—Nó, señor, me respondió secamente.

—¿En ningun cuarto?

—*En denguno.*

—Pues á mí me han asegurado que sí.

—*Pus yo le digo á V. que nó, y basta.*

—¿Y en ese cuarto desalquilado quién vivia?

—¡Mucha gana de conversacion trae V., caballero!

—Es que me interesa tener noticias de esa señora.

—Pues si quiere V. noticias, lea V. los *periódicos.*

—Pero, señora, dígame V. si vivía una señora viuda en ese cuarto.

—Una señora sí que *vevia*, pero no faltaba más sino que yo la hubiese ido á pedir la fé de *casá* ni de viuda ni de *náas*.—Le digo á V. que en esta casa no hay Angustias ni Náuseas.

Pregunté en seguida en toda la calle, y nadie me dió razon de la viuda misteriosa; con lo cual, confuso de haber causado á mi futura esposa tamaño disgusto por una circunstancia tan inexplicable, de la que el mismo D. Torcuato debía ser victima, dejé para más tarde el ir a la Vi-caría, y volví corriendo á casa de mi prometida.

No dejó de sorprenderme el largo rato que sin abrirme la puerta me tuvieron esperando; pero fué mayor mi asombro cuando al entrar ví por todas partes baules á medio llenar, vestidos tirados por el suelo y todo en el mayor desórden.

El aire azorado que al abrir la puerta noté en el semblante de la doncella, y lo llorosa y aturrida que encontré á Doña Angustias, concluyeron por hacerme creer que durante mi corta ausencia habia ocurrido allí alguna catástrofe.

—¿Qué pasa, señoras?—¿Han entrado ladrones? ¿qué es lo que aquí ocurre?

—Ocurre, me contestó, que esa carta de mi tío es para mí una desgracia que no puedo soportar. ¡Qué pensará V. y todo el que llegue á saberlo, de una señora que como yo tiene tan bien sentada su reputacion!

—No pensará, repuse, sino que aquí hay alguna trama urdida contra V., por la cual se ha conseguido sustraer la carta que le remitió á Don Torcuato y en su lugar haber hecho llegar á sus manos esa otra cuyo contenido copia en la que él me envia.

—Pero, ó mi tío ha perdido el juicio, replicó Doña Angustias entre sollozos y lágrimas, hasta

el punto de desconocer mi letra, ó la persona que en tal compromiso quiere poerme ha imitado la mia en términos de que aquel la haya creído verdadera.

—Es preciso, continuó, que esta noche misma marche á Cifuentes, que me oiga mi tío, que me enseñe esa carta y que de este modo se aclare este enigma.—V. me acompañará: V. le dirá si en efecto no me entregó los 4,000 rs., y V. se convencerá de la verdad que haya en todo este enredo.

—No creo necesario semejante paso, la dije, ni mucho ménos darlo con tanta precipitacion, máxime cuando acabo de saber que en toda la calle del Amor de Dios ni vive ni ha vivido semejante señora desde que V. mudó de domicilio.

—Pues razon de más para que no desista de mi resolucíon, repuso la viuda tornándose de afligida y dudosa, en firme y decisiva; esta noche en el tren correo de Zaragoza saldremos V. y yo para Guadalajara, desde donde nos encaminaremos á Cifuentes.

Después de aclarado allí este embrollo, daremos parte verbal á mi tío de nuestro próximo enlace, y cuando regresemos, podremos verificarlo; pudiendo yo entónces presentarme ante el altar con la conciencia tranquila por el conocimiento de que mi esposo no abriga ni remotamente la más ligera sospecha de que en el asunto en cuestion haya ni un ápice de duda.

Conque no hay que perder tiempo, amigo mio; corra V. á su casa, arregle su equipaje, si piensa llevarlo, vuelva V. aquí, comeremos juntos y á la noche marcharemos.

V.

Como yo tambien estaba interesado en que D. Torcuato se convenciese de que los 4,000 rea-

les que me habia entregado habian llegado á su destino, no me pareció inoportuno acceder al plan propuestopor Doña Angustias; tanto más, cuanto que siendo el matrimonio un accidente crítico en la vida y en los intereses del que lo lleva á cabo, el mio, tan próximo á verificarse, exigia que yo volviese á mi pueblo para tomar ciertas disposiciones consiguientes á este suceso.

Salí, pues, para hacer algunas compras que cuando fuí á Madrid me habian encargado, y que debia entregar á mi regreso á Cifuentes, y volví á mi casa, donde hice mi equipaje, que resolví llevarme para renovarle.

Iba ya á dejar mi habitacion acompañado de mi amigo, cuando acordándome de la pobre enfermita de la boardilla de enfrente, quise, al ménos con la vista, despedirme de ella.

Tambien como la tarde en que presencié la escena ocurrida entre su hermanito y los muchachos de la calle, los últimos rayos del sol iluminaban las quebradas tejas de su vivienda; tambien cruzaban por el espacio ligeros vapores que, rizándose allá en el horizonte, formaban fantástico pabellon en cuyo centro iba desapareciendo el disco de oro que en torno suyo despide el luminoso Febo; mas esta vez no estaba abierta aquella ventana por donde la infeliz doliente contemplaba horas enteras los encantos misteriosos de la bóveda celeste.

Al través de la cortinilla colocada detrás de la vidriera veíase el resplandor de una bugia, á favor de la cual se dibujaban varias sombras de otras tantas personas que se movian alrededor del lecho de la enferma.

De tiempo en tiempo, *Alí*, el inteligente y fiel *Alí* lanzaba un triste aullido.

¡Pobre niña!

Agravada su dolencia, quizá se halle próxima á dejar para siempre el azaroso sendero de la vida; y su alma acaso en breves instantes, pura

como la brisa embalsamada de esta tarde primavera, llegue intacta á la mansion del Eterno para aumentar el número de los ángeles que allí ensalzan y bendicen su divina Omnipotencia.

¡Salve, inocente mártir, escogida para ser de los bienaventurados!

¡Sean los sufrimientos de tu cuerpo la palma de gloria con la que alcances la infinita recompensa de toda una eternidad de inefable ventura!

Absorto en tales pensamientos hubiese permanecido asomado al balcon de mi cuarto, si mi huésped no me hubiese advertido de que el mozo que llevaba mi equipaje estaba ya en marcha.

Despedíme de mi amigo, miré otra vez hácia la ventanita de la boardilla en el momento en que *Alí* daba otro aullido, y salí enjugando las lágrimas que á pesar mio se escapaban de mis ojos, al considerar que me separaba tal vez para siempre de aquella desventurada criatura.

VI.

Cuando entré en casa de Doña Angustias era ya casi de noche.

Su equipaje habia desaparecido, cosa que me chocó algun tanto, y que ella me explicó diciéndome, que como las señoras llevan siempre tantos baules, lo habia mandado á facturar con anticipacion, porque no le gustaban atropellos á última hora.

Comimos á toda prisa, nos dirigimos en seguida al ferro-carril, y dos horas despues marchámos en un coche reservado de primera clase,—

que así lo exigió Doña Angustias,—ella, sudoncella, el lorito y yo.

La doncella que nos acompañaba habia sido la encargada de ir á facturar el equipaje de su señora, pero yo ignoré en aquel momento que tambien habia tomado asientos para las dos.

Así es que cuando su ama y yo llegamos á la estacion, cumplí en el acto su deseo de tomar por mi cuenta el coche reservado; y cuando aquella se nos incorporó en el anden con el lorito, solo me llamó la atencion la presencia en aquel sitio de semejante viajero.

Una vez en marcha, pregunté la causa de que el pajarito compusiese parte de la comitiva, permitiéndome algunas chanzas acerca de lo importantes que pudieran ser sus palabras en presencia de D. Torcuato.

No fué menester más para que Doña Angustias montase en cólera de una manera alarmante.

Rompió primeramente el fuego de todas sus baterías contra mi indefensa persona, llenándome de improperios; despues de lo cual, consumidas ya sus municiones, temí un ataque al arma blanca, puesto que ví sus delicadas uñas muy cerca de mis ojos: prosiguió la escena con su correspondiente convulsion nerviosa y terminó al parecer con un silencio profundo.

Mas, cerca ya de la estacion de Azuqueca,—me acordaré toda mi vida,—última que hay en la línea, ántes de llegar á Guadalajara; se levanta de pronto, se aproxima á la ventanilla y hace ademán de arrojar se por ella fuera del coche.

Entónces fué preciso apelar á los halagos, á la dulzura, á las caricias y á las palabras cariñosas.

—Pronto empieza V. á darme disgustos terribles, caballero.

—Nó, señora mia; ¡no es eso! ¡Cómo puede V. imaginarse que yo, que daria mi vida por hacerla feliz, he de tener ni por un instante el menor pen-

samiento de ofenderla? Vamos, ¿qué sacrificio exige V. de mí?... Hable V....

—¡Azagueca! ¡un minuto! gritó un hombre en aquel instante.

Y el tren se paró.

—¡Ay Dios mío! exclamó dando un grito horrible la doncella.—¡El loro! ¡el lorito se ha escapado!

—¡Mi loro de mi alma! gritó Doña Angustias; corra V., cójale V., tráigamelo V.... ¡Mi loro! ¡mi loro! ¡mi loro, ó muero aquí en el acto!

Lánzome en seguida fuera del coche, y corro hácia donde oía la voz del pajarito, que revoloteando acá y acullá decia: *¡El suplemento extraordinario á las Novedades!*

Mas en el momento en que iba á poner la mano sobre él, suena la señal de partida; el loro se asusta, da un salto, cae debajo del tren; parte éste con toda velocidad, y solo veo los brazos de Doña Angustias moviéndose fueza del ventanillo del coche con más velocidad que las aspas de un molino de viento, distinguiendo apénas su condolidada voz, que gritaba: ¡Mi loro! ¡El loro de mis entrañas!... Mi.... mi....

Confieso que todo el calor de los treinta y seis veranos que he pasado en mi vida reunido, no me hubiera producido más sudores ni más angustias que los que por una de ellas pasaba en aquel momento.

El loro, que milagrosamente se habia salvado, fué conducido á mi presencia por un guarda-aguja de la estacion, y con sus chistes y sus voces causó la hilaridad de los escasos espectadores de aquella escena, formando así singular contraste con mi afliccion.

Pero no era caso de perder tiempo llorando un mal que aun podia tener remedio.

El jefe de la estacion, conolido de mi situacion, y queriendo remediarla en parte, me facilitó un caballo y un criado para que marchase á Guadalajara cuanto ántes, puesto que hasta la mañana siguiente no pasaria otro tren en aquella direccion; y puesto que lo interesante era llegar á aquel punto lo más pronto posible para calmar á Doña Angustias, que estaria esperando su loro, ya que tal vez no á su futuro marido, y aprovechandola salida del carruaje que va á Cifuentes, llegar á la mañana siguiente á nuestras casas.

VII.

A la una de la madrugada llegué á la estacion de Guadalajara, donde contaba encontrar á Doña Angustias y alguna noticia que allí me hubiese dejado del sitio donde estuviese hospedada, ó bien de la determinacion que hubiese tomado.

Pero ¡oh confusion y sorpresa!

Ni en la estacion, ni en todas las fondas y posadas de Guadalajara, ni en la administracion de los coches de Brihuega, que son los que hay que tomar para ir á mi pueblo, en ninguna parte, en fin, hallé quien me diera razon de la viuda, de su criada ni de su equipaje.

Y lo que más aumentaba mi zozobra, era que el mio estaba depositado en la estacion del ferrocarril, íntegro, pero solito; cuando lo lógico era que facturado el de Doña Angustias para el mismo punto, ó estuviere allí tambien, si ella no se habia presentado, por un incidente cualquiera, ó de haber retirado el suyo, hubiese dicho alguna cosa referente al mio, que debia quedarse allí por tener yo el talon para reclamarle.

Pregunté si habia noticia de algun percance ocurrido á los viajeros desde Azuqueca á Guadalajara, temiendo por un instante si la desespera-

cion habria podido impulsar á aquella mujer vehementemente á un acto atentorio contra su existencia, y me contestaron que nada absolutamente habia ocurrido. Fui en seguida al telégrafo á ver si se habia expedido algun despacho para mí á la estacion de Azuqueca, y obtuve igual respuesta.

Cansado, destrozado, aburrido y lleno de dudas, con el famoso lorito debajo del brazo, recogí mi equipaje, despedí al criado que habia venido conmigo y me hospedé en una fonda para descansar algun rato.

VIII.

A la mañana siguiente emprendí la marcha hácia mi pueblo, animado con una vaga esperanza de que allí encontraria ya á Doña Angustias; esperanza que tomó toda la consistencia de certeza, cuando al llegar á las cercanías de Cifuentes hallé un convecino mio, que me dijo, entre otras cosas, que D. Torcuato estaba muy contento porque habia llegado la sobrina que tenia en Madrid; y aunque añadió que por cierto la tal viuda era bastante fea, yo no di importancia á semejante observacion, creyéndola hija de la diversidad de gustos que en este mundo existe.

Inmediatamente me dirigí á casa de mi amigo, el cual, reconociéndome á larga distancia desde la ventana de su habitacion, me salió al encuentro diciéndome:

—Bien venido, perillan; ¿cómo le ha ido á V. por Madrid?

—¿Cuándo ha llegado? le pregunté preocupado.

—¿Quién?

—Angustias.

—Vino anteayer á estas horas.

—Señor D. Torcuato, ¿está V. en su juicio!

—Hombre, yo creo que quien viene trastornado es V., repuso riendo.

—¡*Lorito real!* gritó el pájaro verde, que siempre que oía una conversación animada tomaba parte en ella.

—Calla, ¿ha estado V. también en América? Pues dígame á V. que en un mes justo que ha durado su ausencia, ha viajado más que Mr. Arago.

—Vaya, prosiguió D. Torcuato, entre V. y avisaremos á Angustias, que está en la huerta.

¡Infame! pensé para mí; en vez de estar inquieta por saber qué era de su novio y de su lorito, se entretiene en ir á ver coger guisantes ó quizá en arrancar patatas. —Pero ¡bá! esto será otra chochez del bueno de su tío, igual á la de figurarse que hace ya dos días que su sobrina ha llegado de Guadalajara.

—Señor, dijo asomándose á la puerta una joven, que por su traje parecía una criada de las que sirven en Madrid, la señorita no está en la huerta, y dice la mujer del hortelano que se ha ido paseando hácia las eras.

—¡Jesús qué diablo de muchacha! exclamó Don Torcuato: vé á buscarla y díle que venga corriendo.

Mas cuando yo empezaba á perderme de nuevo en un laberinto de dudas, al ver que aquella que parecía ser la doncella de la sobrina de mi amigo, no era la que habia dejado escapar al loro, héte aquí que se presenta ante nosotros una señora alta, delgada, pálida y de una irregularidad en sus facciones que pudiera producir disgusto más que otra sensación cualquiera.

—Aquí tienes á D. Ramon, dijo al verla su tío.

—Y esta es mi sobrina Angustias, continuó dirigiéndose á mí.

Al ver desatado de una manera tan inesperada cuanto desagradable el lazo en que con tanta astucia por parte de la viuda escapada, como inocencia por la mía, estaba preso desde el día en

que cometí la imprudencia de entregarla los 4,000 reales de D. Torcuato, sin haber hecho las averiguaciones que la prudencia exige para tales casos, sentí agolparse á mi cerebro toda la sangre de mis venas.

La cólera y la vergüenza vencieron á la serenidad y á la calma que entónces necesitaba, é influyendo en mi organizacion de un modo poderoso, me causaron un ataque á la cabeza que, privándome del sentido, me impidió saber por algunos dias quanto despues de la aparicion de la verdadera sobrina pasó en torno mio.

IX.

Cuando empecé á recobrar la razon me hallé en cama en casa de mi amigo, porque el estado en que el facultativo me encontró el dia de mi accidente no permitió que fuese trasladado á la mia.

Pero á poco vinieron las explicaciones por parte de D. Torcuato, de la mia y de su sobrina, reducidas á que, precisamente en los dias en que yo salí de este pueblo para Madrid, y en los dos ó tres que tardé en ir á la casa donde hallé á la otra Doña Angustias, habia aquella cambiado de domicilio, yendo á habitar á la calle del Amor de Dios, donde tan tarde fuí despues á buscarla; que esperando confiada en que su tio atenderia como siempre á la súplica que le habia hecho de que la socorriese en sus apuros, no se habia atrevido á serle molesta, á pesar de que extrañaba mucho no recibir carta ni noticia suya por ningun conducto; que este por su parte, persuadido de que si yo no le escribia ni le daba razon de haber cumplido su encargo, sería por causa de mis ocupaciones en Madrid, y de que de un momento á otro recibiria el aviso, tampoco se habia apresu-

rado á preguntar á su sobrina si me habia visto ó nó, ni mucho ménos á mí, por no inferirme ni remotamente la menor ofensa; que escogiendo su sobrina el pretexto plausible de participarle su cambio de domicilio, para advertirle de paso que no habia tenido contestacion á su indicacion anterior, habia escrito la carta que provocó la crisis del asunto; y que al saber ella que ocurría algun suceso extraño, y hallándose además decidida á abandonar Madrid por otras razones, habia desalojado su casa de la calle del Amor de Dios hacia tres dias, poniéndose en camino para Cifuentes.

Para complemento de tantos sinsabores como iba experimentando, recibí á los dos dias una carta de mi amigo el de Madrid, incluyendome el oficio en que por la dependencia donde radicaba la solicitud que me habia hecho ir á la capital, se me comunicaba la resolucion de la misma en sentido negativo.

En la carta me decia asímismo que, enterado como lo estaba por mí de todo el asunto y de sus detalles, habia ido á informarse en la oficina del contenido del oficio que me remitia; y que en vista de tan desfavorable resultado, habia pasado á la casa donde creíamos vivía la dama que segun Doña Angustias debia haber alcanzado la gracia, mediante los 10,000 reales depositados.

Pero que léjos de vivir en dicha casa persona alguna que llevase el nombre y perteneciese al sexo fingido, solo habia averiguado que allí vivía el jóven viajero que tanto deseaba *descarrilar*; el cual, al ver á mi amigo y entrar con el en explicaciones acerca del suceso, habia realmente *descarrilado*, prorumpiendo en improperios y denuestos contra la traviesa viuda, de quien aseguró ser original toda aquella trama de enredos y de embustes, para explotarme de la manera astuta y atrevida con que lo habia llevado á cabo hasta el

último momento, y de cuyo paradero ni tenia noticia, ni queria tenerla jamás.

Con estos últimos detalles todo quedaba explicado. Entónces recordé las palabras que me dijo aquella pérftida cuando la vi por vez primera: —*Angustias me llamo y viu la soy.... pero....*

Entónces comprendí su fingido amor, tan súbitamente indicado en la primera visita como fuertemente desarrollado á medida que iba explotando mi inexperta candidez; entónces conocí, aunque tarde, toda la maldad que se ocultaba bajo aquella figura tan bella, explicándome perfectamente su obstinacion en que no viese á la supuesta señora amiga del oficial que habia de despachar mi pretension; su precipitacion en querer escapar ántes que yo hubiera vuelto de la Vicaría el dia de nuestra salida de Madrid, y su refinada perspicacia para idear, al verse inesperadamente sorprendida por mi súbito regreso, otro ardid tan diestramente llevado á cabo como el que puso fin á tan peregrina historia.

REALIDADES.

Todo el que haya sido alguna vez víctima de un amargo desengaño, que le haya ocasionado además alguna enfermedad, sabrá la profunda huella que aquel deja en el ánimo y lo lentamente que por esta causa se opera el restablecimiento del cuerpo.

Nada lacera más el alma que el ver toda su bondad, toda su esperanza y todas sus ilusiones deshechas y pisoteadas por la osada planta del dolo ó de la traicion; únicamente si sus aspiraciones han sido puras, si todas sus acciones han

obedecido á sus nobles impulsos, halla consuelo en su bondad misma; y refejándose entónces en ella el espíritu divino que la ha formado, ve renacer la calma, y á su lado el perdon y el olvido de la ofensa recibida.

Mas esta reaccion, por benéfica que sea, es gradual y pausada, efecto de la lucha que va sosteniendo con las pasiones, hasta triunfar de ellas por completo.

Por eso sabe el que ha sufrido la profunda melancolía que por largo tiempo nos aqueja, y cuán despacio se repone nuestro estenuado espíritu.

—

Dos meses han trascurrido desde que tuvieron lugar cuantos sucesos dejo relatados.

Al cabo de este tiempo ya no los recuerdo con enojo, tanto ménos, cuanto que recobrando la razon todo su imperio, ha venido á demostrarme que el origen de todos ellos estaba en mi inexperiencia para conocer los encubiertos peligros que el mundo encierra.

Es más: momentos hay en que entiendo que en el bautismo de hombre experto que en la capital he recibido, hay una leccion provechosa para poder comprender la cautela con que un carácter noble, franco, leal y generoso debe resguardarse de las asechanzas de una sociedad que, como la que en Madrid he visto, usa siempre un antifaz que oculta sus defectos; que si en aquel inmenso dédalo de maldades hay muchos seres buenos, y acaso por esto mismo desgraciados, es más fácil tropezar con aquellos que con estos, porque mientras la ficcion se pavonea por todas partes, la verdad de lo malo va oculta bajo el disfraz que la engalana, ó se esconde, cuando es buena, en los sitios más apartados.

Mas estas reflexiones, que perteneciendo exclusivamente al órden moral, ponen en relieve la

certeza de que bajo este punto de vista cuanto al hombre rodea, son otras tantas verdades de inmenso valor para poder apreciar el variado contraste de vicios y de virtudes que en la especie humana se hallan, y con algun conocimiento de ellos, huir de los primeros para seguir las huellas de las segundas, son, no obstante, un resultado abstracto que solo ve el que le deduce.

La muchedumbre se atiende solo á los hechos materiales, y buscando estos en todo cuanto me ha ocurrido, despues de haber recobrado mi perdido buen humor, y con él el deseo de continuar el interrumpido diario de mi viaje á Madrid, hallo:

Que en treinta y un dias justos que pasé en la gran capital de la nacion española, perdi mucho tiempo, muchísimo dinero y mucha paciencia; mi esperanza de conseguir lo que á mis intereses tanto convenia, y las ilusiones encantadoras que con sus gracias físicas y refinados ardidés habia hecho nacer en mí aquella sin par Doña Augustias.

Y por último, como complemento de este epílogo, que como de todo cuanto me ha ocurrido no queda otro producto aparentemente positivo que un triste recuerdo insuficiente para reparar mis quebrantos materiales y un loro que para nada me sirve, puedo decir á ciencia segura que el tiempo que permanecí en la córte dió por único resultado una série no interrumpida de veraderos desengaños.

FIN.



1082703

EL CASCAPIEL

LIBRO DE LOS CASCAPIEL

QUE SE ENCONTRO EN EL CASCAPIEL
EN EL AÑO DE 1565

MEMORIA DE LOS HECHOS

En el año de 1565, el día de San Juan Bautista, se descubrió en el cascapiel de San Juan de los Rios, un libro de los hechos que se hicieron en el descubrimiento de las Indias, desde el año de 1492 hasta el presente. Este libro es muy antiguo y contiene muchas cosas que no se encuentran en otros libros de la misma materia. El autor de este libro es un indio que se llama Juan de los Rios, y que fue uno de los descubridores de las Indias. Este libro es muy interesante y merece ser publicado para que todos sepan lo que se hizo en el descubrimiento de las Indias.

LIBRO DE LOS HECHOS

D. CARLOS FERDINAND

En el año de 1565, el día de San Juan Bautista, se descubrió en el cascapiel de San Juan de los Rios, un libro de los hechos que se hicieron en el descubrimiento de las Indias, desde el año de 1492 hasta el presente. Este libro es muy antiguo y contiene muchas cosas que no se encuentran en otros libros de la misma materia. El autor de este libro es un indio que se llama Juan de los Rios, y que fue uno de los descubridores de las Indias. Este libro es muy interesante y merece ser publicado para que todos sepan lo que se hizo en el descubrimiento de las Indias.

EN BREVE

ROMANES IBERICUS

D. CARLOS FERDINAND

LIBRO DE LOS HECHOS

QUE SE ENCONTRO EN EL CASCAPIEL